

NOSOTROS  
LOS  
CATALANES  
5

# LOS CHARNEGOS



"¡Tienen incluso televisión...!", murmura la gente.

**M**i tía Montserrat no era mi tía. Era la tía de un amigo mío, aunque yo la llamaba «teta». Tan era mi tía que el 6 de enero de cada año iba a su casa a buscar lo que me habían echado los Reyes Magos. En Cataluña está muy arraigada la costumbre de llevar a los niños a hacer la ronda de la familia con motivo de los Reyes Magos. Las madres inculcan a los pequeños para que pongan buena cara y den las gracias y un besito, aunque no les guste el juguete que les regala el «tiet» o la «yaya» o un amigo de su papá que le está muy agradecido y también «ha escrito carta».

Mi tía Montserrat era en todo una mujer perfecta. Excelente madre de sus hijos, esposa modelo, magnífica cocinera, celosa tesorera de la Junta de Señoras del Pan de Pobres, hablaba, además, un catalán refinadísimo, un catalán de alta escuela. Era una mujer alta, todavía joven entonces, de perfil griego y senos protuberantes que recorda-

ba un poco a aquella «Ben Plantada» que Eugenio D'Ors (Xenius) —uno piensa a veces que don Eugenio bromaba— ofreció a la sociedad catalana como ideal de las virtudes femeninas. De mí sé decir que, en el difícil tránsito de la niñez a la adolescencia, mi imaginación estuvo poblada de forma insistente por este ejemplar paradigmático de la raza lemosina. Lo curioso era, y no sé si esto estaba previsto, que la tía Montserrat hablaba con una voz dulcisima, en extremo melosa y cristalina, que no correspondía a su generosa estampa. Se ponía muy seria, solemne casi, y hacía un comentario preciso que obligaba a callar a sus interlocutores. Era como si hablara la diosa madre del Olimpo catalán, o al menos así parecía creerlo ella. Aunque era la menor de tres hermanas, se había impuesto a ellas, al parecer desde que empezó a tener uso de razón, en parte porque las otras eran muy nerviosas y siempre estaban gritando y llorando, pero sobre todo porque desde pequeña sus padres tuvieron una verdadera predilección por ella. «¡La Montserrat!». Cuando todavía no había cumplido los quince años, su prestigio era ya inmenso. Casó a los veinte con un honrado industrial, el «tiet» Maurici, hombre muy alegre y dicharachero. A sus frecuentes bromas la tía Montserrat respondía siempre con un gesto cortante: «Calla, Maurici, por favor», y ponía los ojos en blanco como para recuperar la compostura. Con el tiempo, el «tiet» Maurici fue perdiendo el uso de la palabra.

Mi tía Montserrat fue la que por primera vez me dio a conocer el significado de la palabra «charnego». Yo no la había oído nunca. Mi abuela, ya lo he dicho, solía llamar «castellans» a todos los españoles que vivían en Cataluña sin ser catalanes. En el campo de Tarragona, de donde ella procedía, no parecía conocerse el concepto de «charnego», que después se ha generalizado. En los años cuarenta se les aplicaba también el calificativo de «mursianus», posiblemente porque la primera inmigración en gran escala, que tuvo lugar en los años de la

Exposición Universal, a fines del siglo pasado, procedía especialmente de Murcia. Un «mursianu» era entonces, muy a menudo, un obrerillo nacido en Cataluña de padres gallegos, un fontanero de Zaragoza establecido en Barcelona, un extremeño que trabajaba como bracero en el campo o, incluso, un peón de albañil cartagenero.

En una ocasión, mientras estábamos merendando mi madre y yo en casa de la tía Montserrat, empezó a hablar ella de una criada suya que se había prometido con un muchacho carpintero, leonés él, aunque llevaba ya muchos años en Barcelona. La chica había nacido en un pueblo del Ampurdán, de familia catalana por los cuatro costados. Era una chica muy alegre y un poco bruta que se llamaba Nuri. La tía Montserrat tenía un verdadero disgusto y decía muy compungida: «¡es vol casar amb un xarnego. Tan bona noia qu'es!».

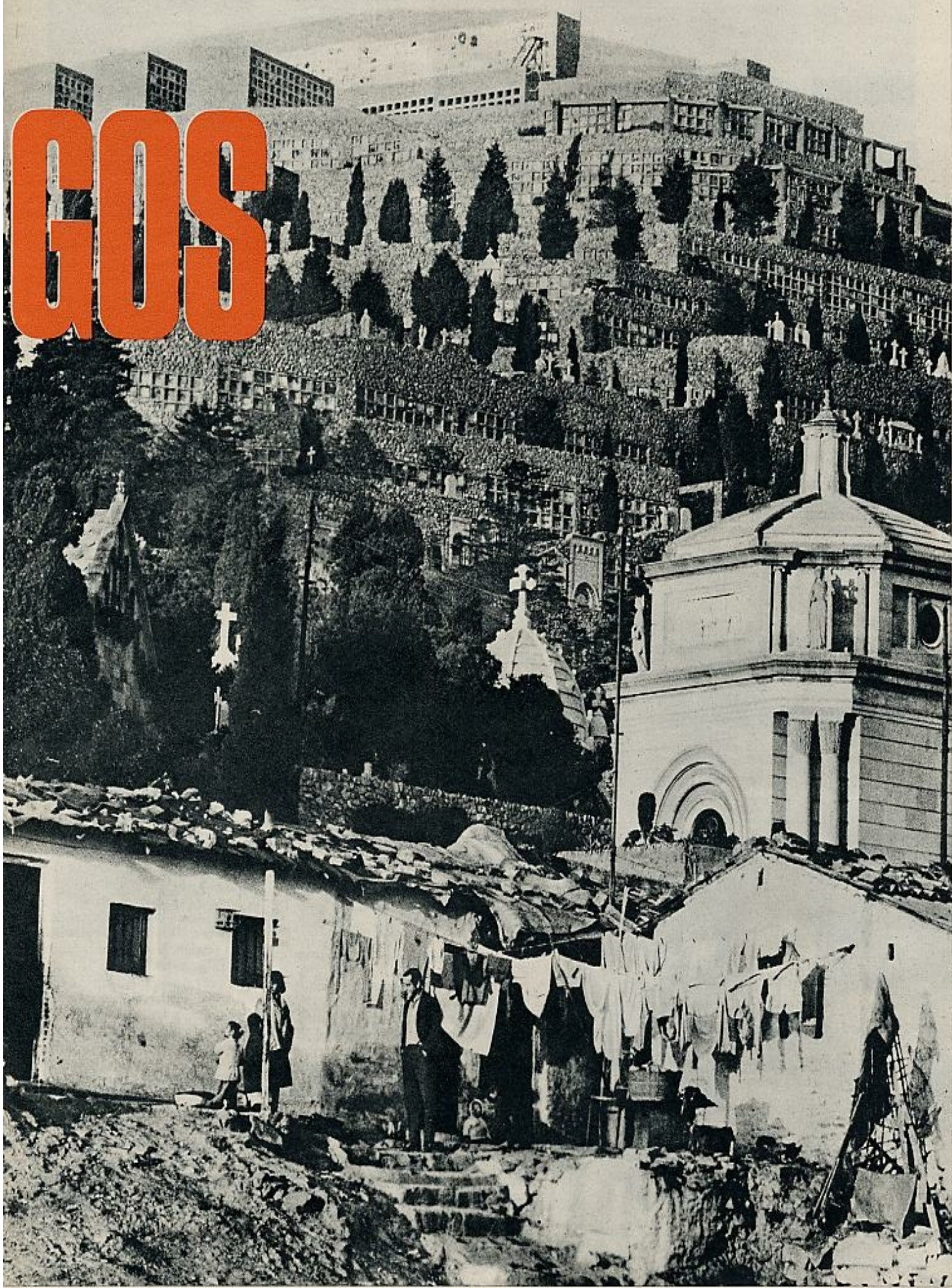
Esto era por el año cuarenta y ocho, cuando estaba en su apogeo la inmigración. «Charnego» significaba, por tanto, un español no catalán que vivía en Cataluña. Pero esto no bastaba. A nadie se le hubiera ocurrido llamar «charnego» a un inspector de Hacienda, a un financiero madrileño o a un terrateniente del Sur establecido en tierras catalanas. Para ser acreedor al título de «charnego» hacía falta, además, oler a moneda de cobre —como decía Lemingüey— y convidar a fumar a los compañeros de viaje sacando los cigarrillos del paquete para ofrecerlos con la mano. Hacía falta tener un mechero de gasolina con cáscara de estaño y con una llama como de velón de Viernes Santo y hablar un castellano entreverado de catalán o un catalán entreverado de castellano, sustituyendo las eses seguidas de consonante por erres y las eses seguidas de consonante por jotas.

Yo estaba entonces en la Universidad y a menudo iba con algunos compañeros a la estación de Francia para presenciar la llegada de la gente que venía del Sur huyendo del hambre. Es-

texto:  
LUIS  
CARANDELL

fotos:  
XAVIER MISERACHS

# GOS



## NOSOTROS LOS CATALANES

taban allí, sentados en la maleta, esperando alguna cosa y velando, como habría dicho César Vallejo, «el cadáver de un pan con dos cerillas». En seguida se organizaron socorros de mantas y leche en polvo. Pero, en realidad, aquella era una pobreza absolutamente idiota. No eran mendigos, sino gente trabajadora, la que acudía allí siguiendo la demanda de trabajo. Pedían un empleo, no mantas.

La inmigración de aquellos años, como recuerda Francisco Candel en su libro «Los otros catalanes», fue conocida por algunos naturales del país como «la invasión del silencio». Un señor, amigo de mi familia, dijo en una ocasión mientras estábamos comiendo: «Esto de la inmigración está combinado racionalmente por la Administración para hacer desaparecer a Cataluña». Pero mi padre se echó a reír: «Me extrañaría que la Administración fuera capaz de combinar nada de un modo racional», dijo. Es posible que hubiera algún desafortunado en alguna tertulia madrileña que pensara: «Estupendo, llenamos Cataluña de andalu-

**Francisco  
Candel:  
"Els altres  
catalans".**

ces y se termina el problema catalán». Pero eran los industriales catalanes los que estaban interesados en la mano de obra del Sur. Tenían algunos unos delegados a los que llamaban *jaeneros* que andaban dando vueltas por los pueblos de Andalucía, contratando gente y ofreciéndoles salarios más bajos que los que se pagan en Cataluña, aunque desde determinadas zonas de Andalucía estos salarios pudieran aparecer como de Jauja. Solía suceder que estos contratados no trabajaban más allá de dos o tres semanas en la fábrica que los adquiría, porque en seguida se enteraban de los salarios que se pagaban en realidad y se iban a trabajar a otra fábrica. Entonces, el industrial que los había traído comentaba con sus amigos: «Hay que ver lo desagradecida que es la gente. Los sacas de la miseria y mira cómo te pagan». Con esto, los *jaeneros* estaban permanentemente ocupados buscando nueva fuerza de trabajo y los productos salían baratos.

Hubo una época en que se produjo una verdadera saturación de mano de obra. La gente decía: «Noi, ja no hi cabem». Llegaron a tomarse medidas bastante serias. Los trenes de inmigrantes eran detenidos antes de entrar en la estación. Venían unos practicantes con unas señoras caritativas y ponían una inyección de vitaminas a los recién llegados. Obligaban a la gente a bajar del tren, con sus maletas de madera, su jamón y su tartera, y los metían en otro tren para otras cuarenta y ocho horas de viaje, camino de su pueblo. El jamón, o los embutidos, parecían ser los acompañantes obligados. Jaime Borrell ha contado que, cuando los obreros emigrantes españoles cruzaban el puente internacional de Hendaya, la gendarmería francesa revisaba sus maletas buscando jamones y embutidos en cumplimiento de las ordenanzas de salud pública. «Pas de jambon, monsieur». En la parte española del puente había señoras que ofrecían comprar los jamones por poco dinero. Los emigrantes no tenían otra alternativa y los vendían. Pero había algunos que se enfadaban y tiraban el jamón al río.

El sistema de reexpedición no duró mucho. La gente empezó a decir: «Pero, hombre, déjenos quedar aquí. Nos portaremos bien e incluso aprenderemos el catalán. Mire, ve: "Setze jutges d'un jutjat menen fetge d'un penjat"». No había viviendas y la gente se construía chabolas como podía en los barrios de Can Tunis, Mau Mau, Pekín, La Ciudad Desnuda. Algunos de los barrios de chabolas eran muy bonitos —por fuera, al menos—, encajados igual que los pueblecitos de Málaga. Había geranios y había tabernita. Pero se vivía muy mal allí. Colocaban pedruscos sobre el tejado para que no se lo llevara el viento. Candel cuenta que había algunos que tenían que dor-

mir con paraguas por las goteras. La gente decía: «Hi estan acostumats». A otros los metieron en grandes barracones colectivos o en pabellones de la Exposición, en Montjuich. «Estan millor que no estaven», se oía decir.

Con el tiempo, las fuerzas vivas se dieron cuenta de que aquellos barrios eran muy feos y desdecían de la ciudad, que había empezado a ser ya sede de Ferias y Congresos. Alguien citó la famosa frase de Cervantes y se tomó el acuerdo de tapiarlos por los cuatro costados. Algunos de ellos siguen allí todavía, ocultos a la ciudad como un pecado muy gordo en el seno de una familia. Otros han desaparecido. Todavía puede verse alguno en estado libre. A la entrada del cementerio de Montjuich hay uno, no muy grande, de chabolas bastante bien construidas. Desde la carretera se ven las chabolas en primer término y, detrás, los mausoleos de las familias y los bloques de nichos, que son como una réplica, en lúgubre, de la ciudad de los vivos.

Andando el tiempo, unos señores dijeron: «A estos inmigrantes hay que construirles viviendas». Pero la gente de sentido común (*seny*) replicaba: «No les deis casas. Lo ponen todo perdido y, además, queman las puertas para hacerse pasar el frío. En cuatro días no quedará nada». Otros aconsejaban: «Si les dais demasiadas facilidades, vendrá aquí toda Andalucía». Con esto se fue retrasando la construcción de viviendas. Al final se encontró una solución. «Haremos unas casas muy feas e incómodas». Les hicieron unas casas sencillas, donde se pasaba mucho frío y donde se oían las conversaciones de los vecinos —pintadas de rosa, o de amarillo o de verde clarito—.

\* \* \*

«Hi ha anys —dijo una vez un ateneísta barcelonés— que un no te ganes de fer res». Hay años que uno no tiene ganas de hacer nada. Aquel hombre era un genio. Supo definir mejor que nadie las profundidades del carácter catalán. ¿Por qué se habrán empeñado en hacernos pasar a los catalanes por un pueblo laborioso? Es éste uno de los mitos españoles de más profundo arraigo. La laboriosidad catalana. Es probable que venga esta idea de otras épocas, y todos recordamos algún abuelo o bisabuelo que trabajaba de sol a sol. Yo me imagino que las fuerzas vivas del centralismo han aprovechado el tópico para cargar sobre las espaldas de Cataluña una sustanciosísima parte del presupuesto nacional. «¿No quieren trabajar? Pues, hala, que trabajen. ¡Que ganen dinero para que nosotros podamos pasarlo bien en los Madriles!», decía no hace mucho un conturbado del café Gijón. Nosotros nos hemos dejado halagar. Nos encanta que nos digan que somos





laboriosos. La verdad es, sin embargo, que no existe en toda la Península otro pueblo más dado al ocio. El verbo «badar», que significa más o menos «estar en Babia», expresa mejor que ningún otro la actitud existencial del hombre catalán. El sustantivo correspondiente, «badoc», es decir, el hombre que se queda embobado sin dar golpe, no tiene traducción en castellano.

El marido vuelve a casa muy serio y ordena que se lleven a los niños. «Tengo mucho que hacer», dice. Se encierra en su cuarto con un montón de papeles, dispuesto a revisarlos. Esto de «revisar papers» es muy socorrido. Empezaba a hacerlo, pero al tercer papel se le va el santo al cielo. Se queda sentado en un sillón con cara de felicidad, como encantado, pensando cosas inconexas. El hijo de familia se pasa las horas muertas delante del libro «cazando moscas». El obrero «fa el cigarro» en cuanto se descuida el

maestro y el campesino deja la caza para «la beguda», que no consiste meramente en echar un trago. Conocía yo a una mujer granadina que fue a servir a Cataluña y se casó luego con un obrero catalán. Como era de Granada —está demostrado que los andaluces son los más trabajadores de todos los españoles cuando ven la posibilidad de salir adelante— trabajaba de sol a sol, alternando su ocupación habitual de asistenta con las labores del campo, pues vivía en una ciudad pequeña dedicada primordialmente a la agricultura. Su marido, el Claudi, era uno de esos catalanes «del morro fort» que no sueltan prenda en todo el día más que para decir: «Au, au, el dinar» y se ponen a comer con aire mohíno, sin decir palabra. Ella le hablaba siempre con su voz dulce, pero él no contestaba apenas y ponía cara de haber trabajado como un negro. En realidad había dejado, inmediatamente después de casarse, su trabajo de al-

bañil y había conseguido un puesto de portero en un club deportivo. Se pasaba las horas muertas «fent el cigarro», universalmente sentado en una silla. «¿Qué tal, Dolores, y el Claudi?», le preguntaba yo. Ella hablaba una jerga casi incomprensible, mezcla de catalán y andaluz. «Está muy cansat. Claro, con el treball del clú». La tenía completamente engañada y enamoradísima de él. Solía decir: «Mi Claudi es que es muy recto».

Dicen que la inmigración ha desquiciado la vida catalana. Es posible. Pero lo cierto es que la industria no habría podido desarrollarse sin la aportación de la mano de obra inmigrante y, por otra parte, esto ha permitido a los catalanes dedicarse a los trabajos más descansados. Ni en la construcción, ni en la agricultura, ni en el transporte, se encuentra ni por pienso a un catalán, como no sea en las tareas más especializadas o en los puestos clave. Como en el juego de cartas con que

**"Un pedazo de pan donde sentarme..."**  
César Vallejo.

## NOSOTROS LOS CATALANES

las familias se entretienen los domingos por la tarde, los catalanes «les hemos pasado la mona», o sea, el muerto, a los trabajadores andaluces y nos permitimos quejarnos encima. Y es natural que los que más trabajen sean los que llevan la peor parte, porque como decía cínicamente un financiero catalán refiriéndose a los obreros en general, «Trabajan demasiado, no les queda tiempo para ganar dinero».

**"Quítate de la esquina, ohiquillo loco...".  
Vázquez Montalbán.**

Pero además de permitir el descanso a nuestro laborioso pueblo, esta situación ha tenido otro efecto. El tradicional estímulo económico que hizo de Cataluña lo que ahora es y que hacía decir a las gentes de toda España que «El catalán de las piedras saca

pan», ha dejado de ser nuestra exclusiva. Es más. La actual generación de catalanes parece desinteresada por la aventura económica y decidida a buscar «un lugar seguro», «una salida». En una sociedad como la nuestra, el estímulo económico corresponde siempre a los más decididos entre los que sufren privaciones. Así ha surgido en Cataluña, y no en grado pequeño, la figura del «hombre de negocios "charnegu"», que se ha beneficiado, sin duda, de la tradición comercial catalana. En la situación que, previsiblemente, se avecina, este personaje está llamado a desempeñar un papel importante. Esta gente ha luchado y ha sufrido; son más listos que nosotros. Así les de-

cía don Miquel de Unamuno a los vascos hablándoles de los «maketos», que vienen a ser los «charnegos» de las Provincias Vascongadas. En los Juegos Florales de 1900, en el teatro Arriaga, de Bilbao, según cuenta María de Maeztu, don Miguel se adelantó al público, compuesto por la alta sociedad de Bilbao y por los Bizcainarras de Sabino Arana, y dijo: «El "maketo" es más inteligente que vosotros y se está infiltrando en vuestra vida y, un buen día, vuestras mujeres, como las sabinas, se dejarán robar por los romanos».

\*\*\*

He hablado ya de Francisco Candel, cuyo libro «Los otros catalanes» sigue





**Los inmigrantes adquirieron las costumbres catalanas.**

siendo el más ilustrativo de cuantos se han escrito sobre este tema. Su aparición, primeramente en edición catalana, en excelente traducción de Folch i Camarasa, produjo un verdadero impacto y muchos catalanes entonaron el mea culpa. El libro de Candel representa un esfuerzo notable en favor de la reconciliación. No hay en él nada de exagerado, nada de especialmente agresivo. Todo lo que dice es verdad. Por los comentarios y críticas que he leído, sin embargo, me parece que a muchos intelectuales de Cataluña sigue preocupándoles, y no sin justificación, la cuestión de la absorción cultural de los inmigrantes al paso que tienden a olvidar sus legítimas reivindicaciones sociales. Visité a Candel en su casa del barrio del Polvorín, un barrio de inmigrantes que está situado al pie de la montaña de Montjuich, poco más o menos debajo de la fosa común del cementerio. De la conversación con él saqué dos conclusiones que creo constituyen la entraña de su libro. Una, que él se siente tan catalán como podemos sentirnos nosotros, a pesar de que su lengua materna es el castellano y su ascendencia valenciano-aragonesa. Otra, que él cree que existen en Cataluña reivindicaciones muy urgentes que con frecuencia se posponen.

Que Candel, y con él la mayoría de los inmigrantes, no comprendan «la violenta necesidad» de unificar de modo inmediato el idioma de Cataluña me parece una cosa perfectamente normal. ¿A qué entonces rasgarse las vestiduras o, por mejor decir, tirar la gorra al suelo, que parece ser el equivalente catalán del famoso gesto bíblico? Si la absorción cultural ha de

producirse, se producirá a largo plazo, sin necesidad de forzarla. Cataluña fue siempre un país de «Marca» y absorbió todas las corrientes migratorias que tuvieron lugar a lo largo de su historia. Incurrimos, incurren algunos, en esto en una flagrante contradicción. Hemos acusado al centralismo de exclusivista y de fieramente borbónico y ahora parece surgir entre nosotros un espíritu igualmente dogmático. Nada más extraño a la tradición catalana.

\* \* \*

Supe por un amigo que el poeta Manuel Vázquez Montalbán, el autor de «Una educación sentimental», barcelonés también, aunque no catalán-catalán (en el sentido en que se dice café-café), acababa de terminar un libro titulado «Nosotros los "charnegos"». Nos vimos una tarde y le sugerí que tomáramos el funicular del Tibidabo. Hacía tiempo que no había contemplado Barcelona desde el mirador. «Feliz la ciudad —escribió Maragall— que tiene una montaña al lado, porque podrá contemplarse desde la altura». Estuvimos tomando una cerveza en la gran explanada. «Si no tiene usted inconveniente —me dijo Vázquez—, nos montamos en la atalaya». La atalaya es un inmenso armatoste de hierro, una especie de Torre Eiffel basculante, salvadas las distancias. Uno se mete en una barquilla que hay a cada uno de los extremos y la maquinaria hace girar lentamente la estructura sobre sus ejes hasta invertirla y colocar la barquilla en la cumbre. Al contemplar el espléndido panorama recordé lo que, según cuentan, le dijo el famoso alcalde radical don Joan Pich i Pon a un mi-

nistro del gobierno de París que visitaba Barcelona. Con un ampuloso gesto de la mano le mostró la ciudad desde el mirador diciendo, convencido de estar hablando en francés: «*Qué, me-si, cuánta propietat urbana, ¿eh?*».

Veníamos hablando del tema de los «charnegos». «Hay —dijo Vázquez— tres clases de "charnegos"». Empezó el ascenso. Chirriaban los hierros y la barquilla oscilaba levemente. «¿Con qué rima atalaya?», le pregunté al poeta pensando en las «auca» o aleluyas de la tradición catalana, esas inmensas hojas impresas de color amarillo de las que en aquel momento me sentía personaje. «Con el ou com balla», dijo él. Hubo un momento de silencio y yo pensé: «Si subes a la atalaya podrás ver el ou com balla». En determi-



**La Compañía de Tranvías es un feudo de los inmigrantes gallegos.**

## NOSOTROS LOS CATALANES

nadas festividades del año se colocan en el surtidor del claustro de la catedral un huevo vacío que baila impulsado por el agua, despertando el asombro y el ardor patriótico de la gente. Hubo otro silencio y Vázquez repitió: «Hay tres clases de "charnegos"».

Habíamos llegado a la cumbre. La máquina se detuvo para que pudiéramos gozar de la vista. El aire era puro.

«Los "charnegos" de primera —prosiguió— son los que, habiendo llegado de otras tierras españolas o habiendo nacido aquí de padres no catalanes, han aprendido el catalán. Los de segunda son los que, en las mismas condiciones, no han querido aprenderlo. Los de tercera son los catalanes que escriben en castellano».

Hacia un poquito de frío. El operador debió comprenderlo y acortó el tiempo de permanencia en el aire. Volvieron a oírse los chirridos entrañables que hacen temblar a las novias y arro-

La gente dice:  
"¡Están  
acostumats".



jarse en brazos de su prometido en la soledad de la barquilla. Llegamos abajo. Descendimos por unas escaleras y entramos en la sala de máquinas tragaperas. Trenes eléctricos, pushing ball, la buenaventura, telescopio y una especie de grandes dioramas en los que podían verse las más variadas escenas. Adquirimos un puñado de fichas para hacer funcionar las máquinas.

«Realmente —repuse—, muchos catalanes han desertado de su obligación de defender su propia lengua. Ahora parecen estar cambiando las cosas, pero, hace unos años, en cuanto uno tenía cuatro perras, empezaba a hablar el castellano con sus hijos».

En uno de los dioramas apareció el planeta Marte; en otro, un taller mecánico con los obreros en mono azul; más allá, la montaña de Montserrat. Era una imaginaria barata, como de pesebre doméstico. Se veía la madera del fondo despintada. Los muñecos estaban llenos de polvo. En «Las cataratas del Niágara» caía un chorrito de agua perfectamente ridículo.

Vimos el diorama llamado «El fondo del mar», en el que había peces de celuloide, estrellas de mar, un buzo y un submarino. Y también el de «Lluvia sobre la ciudad», en que la lluvia se reducía a un chorrito de agua que caía sobre un coche que cruzaba un puente. Luego llegamos a una máquina cuyo rótulo decía: «Para que le quiera con locura». Echamos una moneda y cayeron unas gotas de perfume barato por el grifo.

De la sala de las máquinas tragaperas al ferrocarril aéreo no hay más que un paso. Nos acomodamos en los asientos de madera. Un empleado, de pie detrás de nosotros, puso en marcha el vehículo, que avanzaba suspendido de un carril.

«¿Puede hablarse —pregunté yo— de una cultura castellana en Barce-

lona?». «Por descontado —respondió Vázquez—. Barcelona ha hecho por la cultura castellana bastante más que la mayoría de las ciudades españolas. Ha sido, y sigue siendo, el centro editorial más importante de España. Ha dado buen número de escritores que figuran en primera fila en las letras castellanas». «¿Y puede decirse, en rigor, que esos escritores sean escritores castellanos?», pregunté. «No —me repuso—. El que escribe desde Cataluña en castellano no es un escritor castellano, sino catalán, aunque se exprese en castellano. Por ejemplo, es indudable que el grupo de poetas catalanes, que escriben en castellano, me refiero a Barral, Gil de Biedma o Goytisolo, no son propiamente poetas castellanos. Gil de Biedma, por ejemplo, aunque es de familia castellana, se ha formado en Barcelona desde su infancia y hubiera escrito de una manera muy distinta si hubiera vivido siempre en Madrid. Tienen estos poetas la clara influencia del medio social y cultural en que han vivido y se percibe en sus obras el contacto con la literatura catalana».

El aéreo había estado discurrendo sobre los pinares del Tibidabo. Pero ahora llegábamos al túnel. El parachoques delantero abrió con fuerza la puerta de la gruta. Había allí dentro las más diversas maravillas. Pasamos bajo las luminarias del Paseo de Gracia, de la Exposición Universal, del Monasterio de Poblet y penetramos luego en un universo siniestro, con rostros de demonios y sabandijas de cartón pintarrajeado. De pronto, antes de que saliéramos del túnel, irrumpimos en un mundo de luz y color, entre paredes tapizadas de bombillas que se encendían y apagaban caprichosamente.

LUIS CARANDELL

## SE HA DICHO...

- \* «Los inmigrantes de antes y también los del principio de esta segunda época, todos sabemos catalán, todos lo entendemos, igual que lo entenderán dentro de poco los que ahora llegan. Pero no necesitamos hablarlo. No lo necesitamos, no vemos la necesidad de ello ni comprendemos la necesidad violenta de esta necesidad...».

Francisco Candel. "Los otros catalanes"

- \* «La ciudad de uralita, adobe, hombres en camiseta azul, mujeres verdes a la orilla del parto, quitate, quitate de la esquina, chiquillo loco. Amb la sang dels castellans en farem una mar blava».

Manuel Vázquez Montalbán.  
"Nosotros los charnegos"

- \* «Esta generación de catalanistas, a fuerza de exageraciones patrióticas, ha llegado a descubrir que... ha de declarar bárbaros a los no catalanes y aun a los que no hablan ni piensan como ellos, aunque hayan nacido en Cataluña».

Valenti Almirall.

- \* «La distinción entre vecinos naturales y no naturales, siendo unos y otros ciudadanos españoles, es un principio de incivildad».

Miguel de Unamuno. "De Salamanca a Barcelona". "Andanzas y visiones españolas"

- \* «Nosotros opinamos que es denigrante que los barrios más ricos de la ciudad —pues son los que alojan su poderosa industria— sean a la vez los más pobres y miserables».

Francisco Candel. "Los otros catalanes"

- \* «Sean ellos, sin más preparación que su instinto de vida, más fuertes al final que el patrón que les paga y que el saltataulells (\*) que les desprecia: que la ciudad les pertenezca un día».

Jaime Gil de Biedma.

(\*) Hortera.



\* «Querer ignorar que el catalán es la lengua primera de Cataluña y que está viva desde los orígenes hasta hoy, es una alteración de la realidad, y la realidad reclama siempre sus derechos; olvidar que el catalán nunca ha estado solo es otra falsedad que las cosas mismas se encargarán de desmentir».

*Julián Marias. "Consideración de Cataluña"*

\* «El catalanismo ha salido en un setenta y cinco por ciento de la acción de la Lliga. El catalanismo, por mucho que se empeñen, es una ideología de mentalidad burguesa, no proletaria. Al proletario no le interesa el catalanismo. La mayoría del pueblo catalán es pequeño burguesa. El proletario no catalán no se hará catalanista, contra lo que muchos creen».

*Ramón d'Abadal a Baltasar Porcel. "Serra d'Or"*

\* «Yo beberé algún día el rojo vino, el aire de tu resucitada juventud, y saldré por tus calles cantando, cantando hasta quedarme sin voz, porque serás de nuevo y para siempre, albergue de extranjeros, capital de los mares, patria de los valientes, tú, Laye, mi ciudad».

*José Agustín Goytisolo. "Años decisivos"*

\* «... Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades y en sitio y belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto».

*Miguel de Cervantes. "Don Quijote de la Mancha"*

EN EL PROXIMO  
NUMERO  
Ultimo  
reportaje:

**DOS EPILOGOS**